



Arturo Graf

## La ciudad de los titanes

*Traducción de Mariano Martín Rodríguez*

En el clima donde se enciende el día, en medio de una landa aridecida y atrincherada entera por los montes circundantes, surge una ciudad desierta e inconclusa.

Desde que dura la agria estirpe humana, los soles de Asia o Egipto no han visto nunca moles más desmesuradas y soberbias rivalizar con el tiempo y la naturaleza.

Hay palacios de estilo prodigioso, grandeza augusta y obra sutil, paragonados con los cuales parecería vil tal alcázar resplandeciente de oro y mármoles.

Hay pirámides excelsas y propileos de erguidas columnas y pasajes profundos; hay torres y galerías, hay teatros y arcos esculpidos con emblemas arcanos y trofeos.

Por todas partes se alza el granito ponderoso y áspero, ríe colorida una abundancia de mármoles, relumbra el jaspe, reposa victorioso el pórfido.

Y de maneras infinitas, en todas partes, en la obra ingente o en la mayor traza, un arte inimitable aparece unido a una fuerza sobrehumana, a un ingenio divino.

Pero, entre las moles erigidas al cielo que cubren densas y sublimes la ciudad, no se levanta ningún templo, no se alza altar alguno que ofrezca al prójimo un ejemplo de espíritu devoto y servil.

Y, entre las piedras grabadas y los simulacros, allí donde se anima la ciudad desierta, no aparece ninguna efigie de numen que pida una ofrenda o una plegaria y consagre la servidumbre.

Los muros invictos, que ni el sol ni el hielo pueden dañar, son el esfuerzo inmortal de aquellos titanes cuyo padre fue el Cielo y que salieron del seno de la Tierra antigua.

Ellos dejaron la obra, prestos y apremiados a más altas pruebas, cuando movieron guerra, con

el corazón lleno de odio antiguo y de nuevo furor, al asaeteador Jove.

Fueron derrotados, pero aún tiemblan las invadidas esferas y la refulgente morada de los númenes, y la ciudad, huérfana, quedó para atestiguar el alto juicio de los vencidos y su fuerza.

Ya habían transcurrido muchos siglos desde aquella gran victoria de los dioses cuando un pueblo errante de pigmeos llegó por casualidad a esos lugares abandonados.

Un pueblo de pigmeos, digo, ni bondadosos ni malvados, ni feos ni tampoco hermosos, aunque sí algo mentirosos, algo glotones, y sobrado altaneros y sabihondos.

Estos se pasaron todo un día examinando arrogantes aquellos antiguos muros; luego se reunieron en una altura y celebraron bravamente consejo.

Y hablaron largo rato, como doctores, de arte, de gloria, de virtud, de héroes, y dijeron finalmente: «Señores, esta ciudad la terminaremos nosotros».

Y se pusieron a trabajar con los pies y las manos, en serio y sin historias. Pero no hubo nunca manera de que una sola piedra se añadiese a la obra de los titanes.

Entonces, se reunieron de nuevo en congreso supremo y, henchidos de ira, gritaron todos unánimes, con ánimo feroz: «Esta ciudad la destruiremos nosotros».

Y harto sudaron, pues tenían la intención de arrasarla hasta los cimientos a toda costa, pero no hubo nunca manera de que movieran de su sitio ni uno solo de aquellos bloques.

Cansados al fin, y llenos de fastidio y animosidad, despejaron el país los enanos, y la ciudad espera que sus titanes regresen a darle vida y compleción.